

CAPITULO IV

SUS DIVERSIONES, DISIPACIÓN Y VIDA CONYUGAL

Pasemos a las diversiones de los ricos privilegiados y veamos si están en armonía con los usos y costumbres de la masa social.

Un telegrama de Saratoga refería el último verano cómo Mr. John W. Gates, entre sonrisas, había perdido 10.000 dólares en seis horas, jugando al faraón. Mr. Reginald C. Vanderbilt puede envanecerse de haber perdido muchas veces esa cantidad en una sola noche en una casa de juego muy celebrada de Nueva York. Para los que son muy ricos, la ganancia en sí nada significa; poco puede aumentar o disminuir su fortuna. El fin que persiguen es las emociones. Los que tienen con exceso todo lo que la riqueza por sí sola puede proporcionar, buscan la variedad en las excitaciones. Y, por lo tanto, se recurre mucho al juego de una o de otra clase, desde el bridge y el whist hasta el sencillo *buck the tiger* (1). «Adiós, amigo, decía una señora distinguida a otro invitado

(1) Los muy ricos pueden permitirse el lujo de este vicio sin miedo al riesgo corriente. Pero los menos ricos, los que pertenecen a la categoría de las clases como las media y media superior en Inglaterra, no son tan afortunados. Varias casas de juego distinguidas y amuebladas suntuosamente, han sido sorprendidas por la policía de Nueva York en este año. — (Nota del traductor). *Buck the Tiger* es el nombre de un juego y no tiene traducción.

al despedirse de él al salir de una reunión, cuánto me alegro de que haya venido usted, he disfrutado tanto con su compañía—y sírvase recordar, caro mío, que ha perdido una bagatela al bridge—300 dólares.

Lo que más estimula, o, por lo menos, siempre va unida a esta afición creciente a los juegos de naipes, es la que hay a las carreras de caballos. Nuestros príncipes no sólo apuestan fuerte, sino que también son los dueños de las mejores y más costosas cuadras de carreras, en las que hay algunos caballos de 100.000 dólares cada uno. Más aun, en Nueva York algunos de esos dueños dirigen la Junta de Carreras del Estado, la cual organiza las carreras. De este modo disponen cuanto tiene relación con las carreras de caballos, aparentemente para el fomento de la cría caballar, pero, en realidad, como si fueran empresas de juego en gran escala, y esto se hace en las barbas de la Ley (1).

Muchedumbres del público en general — esto es, de la clase media y baja, — asisten a las carreras bajo el auspicio de estos y de otros príncipes de la pista y, en conjunto, pier-

(1) Art. I., Sec. 9, de la Constitución del Estado de Nueva York dice: «No se autorizará ni permitirá dentro de este Estado ninguna lotería ni la venta de billetes de lotería, participaciones de apuestas ni en juegos de azar de cualquiera clase, y el Parlamento dictará leyes adecuadas para evitar la comisión de delitos contra cualesquiera de los preceptos de esta Sección». Aparentemente, al menos, esta disposición se observa en todo, salvo en la pista de carreras. Algunas sociedades determinadas tienen por la ley la exclusiva para organizar carreras. Estas sociedades de hipódromos han obtenido exenciones legales o modificaciones de penalidad en virtud de las cuales, si una persona es sorprendida subscribiendo apuestas dentro de la valla del hipódromo, prácticamente queda impune, mientras que la misma persona, cogida en la misma operación fuera de la valla, está sujeta a la pena de dos años de prisión. La Constitución del Estado, tan letra muerta es en los terrenos de las sociedades de carreras, que estas sociedades, en la actualidad, venden a los jugadores el derecho de subscribir apuestas en el hipódromo. La ley fundamental convierte en monopolio el juego en las carreras de caballos, y cede este monopolio a las sociedades de carreras presididas por la Junta de Carreras del Estado.

den y pierden mucho. Los príncipes de la pista no entran por poco en el reparto de las ganancias (1).

Príncipes hay que van meramente por las emociones y les trae sin cuidado la pérdida o la ganancia. Están imbuidos de algo así como el espíritu de indiferencia y desinterés de aquel minero de California, en los primeros tiempos de las minas, que, para comparar sus riquezas, proponía a otro minero que alternativamente fueran tirando a la bahía de San Francisco monedas de oro de veinte dólares, hasta que uno de ellos se quedara limpio.

El automóvil ha introducido una novedad en el frenesí de las carreras. La primera gran carrera se verificó en 1904—el certamen internacional de 284 millas en Long Island por una copa de plata ofrecida por Mr. W. K. Vanderbilt, Jr. Para que se divirtieran los que organizaron y los que presenciaron la carrera, se acotaron, con perjuicio del público general, treinta millas de carretera pública — prueba de hasta qué grado se humilla el derecho del público al Privilegio. ¿Sin peligro para el público? Claro que no, si se aparta del camino; pero muerte y destrucción para quien no se eche fuera. Uno de los competidores murió en el acto, otro quedó mal herido y con parálisis por algún tiempo.

Desde entonces han ocurrido muchos accidentes debidos a excesivas velocidades. Mas ¿qué importa? Tales carreras y tales velocidades habrá mientras haya ansia de emociones y no tenga otro desahogo. El peligro que se corre es un aliciente más para el ánimo agitado. ¿No mueren jockeys todos los años en las carreras? ¿Su muerte aumenta o disminuye el interés?

¿Implica esto que nuestros Príncipes del Privilegio tengan gustos de fiera? Lo que si puede asegurarse es que, demasia-

(1) La Memoria del Interventor del Estado de Nueva York demuestra que los beneficios en 1904, de los ocho grandes hipódromos, más o menos aliados, bajo la jurisdicción de la Junta de Carreras del Estado, fueron 3,805,125,51. Esto sin contar los ingresos por las grandes apuestas.

do elevados para hallar interés en las cosas corrientes, nuestros príncipes, como clase social, se desviven por encontrar estimulantes de más energía. Tanto se ha desarrollado esa comezón, que mujeres de la clase privilegiada suelen asistir a las luchas de boxeo. Cincuenta de ellas se encontraban entre los espectadores de un combate privado interrumpido por la policía hace poco en Brooklin. De las tres mil personas que estaban presenciando este año la lucha de boxeo a seis acometidas o asaltos, entre dos celebridades en Filadelfia, cuatrocientas eran mujeres; mujeres de posición en aquella ciudad. Una de ellas, en un periódico al cual va unido su nombre, explicaba su presencia y las sensaciones que había experimentado como sigue:

«Yo no quería ir, porque creo que tales cosas son muy brutales; pero me invitaron y no quise negarme. Así que fui, y ahora me alegro de haber ido. Pensando sobre ello, no me reconozco; pero, para ser sincera, diré que desde que los hombres empezaron a luchar, empezó a gustarme. Al principio sentí un pequeño estremecimiento, repugnancia; pero después, la sangre empieza a cosquillear en las venas y una se siente renacer. No volvería a otro. Pero comprendo, ciertamente, que a los hombres les guste».

Estas palabras son de una señora distinguida y respetable. Hablaba en estos términos de una lucha que constó de seis asaltos o acometidas, a pesar de lo cual, ninguno de los combatientes fue declarado vencedor; pero que motivó en ellos lesiones de importancia. Uno resultó con un ojo saltado y, ambos rivales, sangrando en abundancia, estaban cubiertos con su propia sangre y la del contrario. Allí había ferocidad, pero el público, enloquecido por la pasión, no la tomaba en cuenta. Lo mismo sucedía a muchos de los que presenciaban los combates de gladiadores romanos. En su *History of European Morals* (Historia de la Moral en Europa), Lecky reproduce lo que San Agustín refería de uno de sus amigos, el cual, habiendo asistido a un combate de gladiadores, cerró los ojos para no participar de una emoción que tenía por peca-

minosa; un grito inesperado le hizo quebrantar su resolución, y después no tuvo ya bastante fuerza de voluntad para apartar la vista del espectáculo.

Mr. Bryce hace notar (*The Outlook*, marzo 25, 1905) un cambio que comprende a todas las clases sociales, «más digno de ser notado en América, porque allí es completamente nuevo». Este cambio es «la afición a presenciar ejercicios atléticos y a leer lo que a ellos concierne», no a practicarlos, sino simplemente a ser espectadores.

«El gusto por los juegos de fuerza y habilidad es tan antiguo como la Humanidad y no necesita explicación. Así que el deseo de asistir a las carreras de carros y a las luchas de gladiadores, sin tomar parte en ellas, distinguió por mucho siglos al pueblo romano. Los espectáculos de circo en Constantinopla, bien conocidos son en la Historia y, en verdad, no favorablemente. Pero esta afición es en América cosa casi de ayer, y se ha desarrollado en proporciones extraordinarias. Participan de ella, no sólo los jóvenes de las Universidades, sino sus padres y también el público en general. Los partidos de *foot ball* y *baseball* despiertan mayor interés que cualquiera otro acontecimiento público, excepto las elecciones presidenciales; pero de éstas sólo hay una cada cuatro años».

El interés de las universidades está demostrado por los ingresos que producen los sports. En Yale, en el año económico que terminó el 30 de septiembre de 1904, ascendieron a más de 106.000 dólares, mientras que el gasto total fue de 75.174. Y algunos de los juegos son verdaderamente brutales, con especialidad el *foot ball*. Parece que en este juego se va extendiendo la costumbre de fijarse en el jugador más temible del bando contrario para dejarle fuera de combate en los primeros minutos del juego; «dejarle fuera de combate» quiere decir incapacitarle de seguir jugando a consecuencia de una lesión, que trata de producirse por procedimientos no siempre nobles.

El sport nacional por excelencia, *baseball*, no está tampoco exento de barbarie. Si en él no se recurre al sistema de inutilizar a los jugadores, hay en uso otros procedimientos

para desnaturalizar el sport. Hay empresarios que obligan a los jugadores a ganar el juego por cualquier procedimiento, a fin de sacar la mayor cantidad posible de la venta de localidades. El juego noble y cortés sucumbe ante la violencia, la brutalidad y la grosería. Entre jugadores hay peleas incorrectas, casi pugilatos con los árbitros, y tolerancia con los espectadores que más gritan y alborotan y que sólo con el desorden medran. Entre los colegios hay queja de que muchos de los mejores jugadores tratan, por medio de engaños, de eludir la prohibición de cobrar no siendo profesionales, y que se rebajan hasta cobrar y embarullar como profesionales.

También hay entre nuestros príncipes algunos que dedican a todo esto poca atención y encauzan su actividad de otra manera, estudiando y practicando lo que ellos se complacen en llamar «Ciencia de la Filantropía». Realmente no es tal ciencia; ni da ni puede dar tal resultado; no va a la raíz, meramente toca la superficie; no pone remedio al robo de las masas, a ese robo que las reduce a la pobreza; sencillamente no hace más que darlas unas migajas de lo mucho que las quitan. Así es, aunque los favorecidos no lo vean. Con las mejores intenciones del mundo, ningún provecho de alcance y duración pueden hacer a menos que hagan justicia, y justicia quiere decir, que cese el que unos roben para que otros se enriquezcan. La justicia, en cuanto a privilegios, haría innecesaria la filantropía. Sin justicia, la «ciencia de la filantropía» sólo puede ser el estudio de ver la manera cómo, empleando palabras de Tolstoy, se hace por los pobres, «algo para que no nos vuelvan la espalda».

¿Qué es, pues, la Sociedad organizadora de la caridad en Nueva York, por ejemplo, constituida como especie de «centro caritativo de las demás sociedades benéficas» capacitando a los inclinados a la caridad para saber pronto «qué hay que dar y cómo hay que darlo?» ¿Qué importancia tiene que la Comisión de viviendas, a la sombra de los árboles de la Asociación para el fomento del arbolado de la ciudad de Nueva York, plante árboles a lo largo de las calles de los barrios po-

bres? ¿Qué el que Mr. Carnegie nombre una «Junta de Hé-ros» y de la inmensa fortuna que, mediante privilegios, ha reunido la transfiera 5.000.000 en obligaciones de los Estados Unidos el 5 por 100 cuyo interés la junta ha de emplear en medallas y socorros metálicos para los héroes y sus familias? ¿Qué el que Mr. Henry Phipps, socio durante tanto tiempo de la Carnegie Company, funde casas de alquiler sobre la base de 5 por 100 de renta del capital invertido? ¿Qué la creación de sociedades que procuran a los «pobres dignos» préstamos sobre sus prendas a menor interés que el legal? ¿Qué la dotación de camas en los hospitales y que se hagan otras mil cosas más, mejores o peores, que la «ciencia de la filantropía» puede sugerir? ¿Qué importa todo ello? Está muy lejos de la justicia, que es lo que hace falta. Pero la justicia es algo que el Privilegio no ve ni quiere ver. Muchos de los privilegiados cultivan «la ciencia de la filantropía» como pasatiempo; algunos, quizá, como lenitivo de su conciencia.

¿Cuál es el resultado de tantos afanes en busca de emociones, de ocupación y de tranquilidad de conciencia? Frecuentemente, el desvío de los sentimientos. Por ejemplo: una señora hace dar diariamente a su perro un paseo higiénico en coche con cochero y lacayo de librea; otra convida a su chuchito favorito a la ópera, habiéndole llevado en cierta ocasión a que oyera a Caruso; otra hace que su adorado cuadrúpedo reciba masaje para que «esté contento y prolongarle la vida»; otra hace orificar los dientes de su perrito de raza, así como la emperatriz Poppea hizo poner herraduras de oro a su caballo: el caballo hecho cónsul por Nerón.

También hay quien elige como animales favoritos serpientes, leones, cerdos y osos.

Ocasiones hay en que se llega a un verdadero delirio de vaciedades: banquetes el día de San Valentín (1), comidas en vajillas doradas, comidas de apendicitis, comidas a caballo,

(1) El 14 de febrero, día elegido entre los ingleses para ciertas bromas.—*N. del T.*

comidas de monos, comidas de toros y csos, comidas de patanes y comidas del desierto egipcio: la última fue dada por uno de Nueva York que vive en el extranjero, la mesa estaba dispuesta como un desierto en miniatura, donde cada invitado tenía que desenterrar joyas sirviéndose de diminutos picos y palas de oro.

El afán de excentricidades ha encontrado una variedad nueva en la resurrección de la halconería, que se ha hecho en Inglaterra. Según dicen, en muchas propiedades particulares de la parte occidental del Estado de Nueva York y de Berkshire Hills (colonias del condado de Berk), en los dos o tres años últimos, se han instalado cotos con halcones de diferentes clases. Hay además cacerías donde se corre a caballo la zorra y se dan bailes a la usanza de la nobleza inglesa de provincia; también banquetes pastoriles y otras sandeces pastoriles semejantes a las que tan en boga estuvieron en los días de carcoma de la corte de Francia, antes de que la Revolución acabara con ella. También hay reuniones a media noche en la playa, cotillones de animales salvajes y fiestas de vegetales, estas últimas recordando, de diferentes maneras, insignificantes plantas que imitan, en su traje, los invitados. A lo mejor se acude en tropel a sitios como Sherry's en Nueva York para oír al «apóstol melancólico de la belleza» la canción «El misterio de Hydrangeas Azul», o a otro como Delmonico's para aplaudir a otra persona más positiva la lectura de un manuscrito sobre «La intranquilidad marital» o un discurso sobre «La manera de deshacerse de un amante».

En este ambiente educan a sus hijos nuestros Príncipes del Privilegio. Como en cualquiera otra corte de príncipes, la adulación, la bajeza y las tentaciones abundan para tender redes y poner cebo a las pasiones. ¿Tiene algo de extraño que el orgullo, la pereza y la sensualidad se apoderen de nuestros príncipes? Hay honrosas excepciones. Algunos de los herederos de imperios de riqueza deliberadamente prefieren trabajar, y trabajar de verdad. Pero también los hay de muy distinta especie, que habiéndose deslizado por los colegios en

virtud de algún procedimiento de unto, no disimulan que nada les preocupa tanto como vestir a la última moda. Si en apariencia alguno se ocupa de algo más serio, sus pensamientos no corresponden con la apariencia.

Tengo uno presente en la imaginación, hijo de un banquero, que entró en una casa de banca para adquirir aptitud y continuar el negocio de su padre; aunque por la edad tenía ya voto electoral, su falta de interés en el negocio no le dió aptitud, para otro empleo dentro de la casa, que el de chico de recados de primera clase. Los ratos de ocio los dedicaba al estudio; pero..... ¡a qué estudio! al difícil arte de escoger caballos y el más delicado de componer bebidas.

Por regla general, los jóvenes vástagos no se molestan con ninguna clase de actividad, como no sea para divertirse. Para asistir a campeonatos pagan 40 ó 50 dólares por asientos elegidos. Con la mayor frescura aventuran grandes cantidades en las facultades de un caballo, el giro de una rueda o el azar de una carta.

Hubo un tiempo, cuando la generalidad en los Estados orientales y del Centro vivía con arreglo al precepto de San Pablo «Si alguno no quiere trabajar, que tampoco quiera comer». No había entonces nada que se pareciera a la ocupación de «caballero». Pero eso va desapareciendo del círculo del Privilegio. Cuando con motivo de las licencias de matrimonio se pregunta por la ocupación del novio o por las de los padres de los contrayentes, cada vez con mayor frecuencia, se escribe en ellas la palabra «caballero».

¿Es, pues, extraño, que cuando nada serio en que pensar tienen y con grandes riquezas a mano, estos potentados caigan en la disipación?

Y si esto pasa con los hijos de nuestros Príncipes del Privilegio, ¿qué pasará con las hijas?

Hace cincuenta años, el perspicaz observador y comentarista francés, De Tocqueville, hacía de nuestras mujeres el más cumplido elogio. Después de citar el hecho de que en las colonias de Connecticut y Massachussets estaba el adulterio

castigado con pena de muerte, decía: «Si se me preguntaraa qué son debidas la extraordinaria prosperidad y creciente pujanza de la población de los Estados Unidos. Respondería: «principalmente a la superioridad de sus mujeres..... Jamás ha habido sociedades libres sin moralidad, y la moralidad es obra de las mujeres..... Seguramente no hay en el mundo un país donde el vínculo del matrimonio esté más respetado que en América, ni donde más ni más dignamente se aprecie la felicidad conyugal» (1).

Esto fue escrito antes del advenimiento en América de las grandes fortunas nacidas de privilegios especiales. Nuestra población era entonces mucho más homogénea que lo es hoy. El archimillonario era entonces cosa rara, y, por otra parte, De Tocqueville decía que nunca se había encontrado en los Estados Unidos con un lacayo; que todos se consideraban como ciudadanos iguales de la República, como hombres (2). No hay que negar que, en cierto grado, existía un sentimiento aristocrático; mas no se cifraba en la riqueza ni en el porte exterior. De Tocqueville sabía qué consecuencias tiene el fruto del árbol funesto de la aristocracia, así en los hombres como en las mujeres, y claramente las ponía de manifiesto:

«En las naciones aristocráticas, el nacimiento y la fortuna crean especies tan distintas de seres humanos, tanto en hombres como en mujeres, que jamás pueden unirse los de distinta procedencia. Sus pasiones recíprocamente les liga; pero las condiciones sociales y las ideas de ellas nacidas les impiden contraer uniones permanentes y ostensibles. La consecuencia forzosa es un gran número de relaciones clandestinas y transitorias. La Naturaleza se venga por sí misma de las restricciones que la imponen las leyes humanas» (3).

¿No está aquí bien descrito mucho de lo que vemos en «la flor» de nuestra aristocracia del Privilegio? El verdadero amor

(1) *La democracia en América* (1898). Tomo I, págs. 46, 389 y tomo II, pág. 262.

(2) *La democracia en América*. Tomo II, págs. 215-217.

(3) *La democracia en América*. Tomo II, pág. 250.

antiguo, el amor profundo, el amor arraigado en el respeto, parece que se va pasando de moda entre nuestros príncipes. Poderío, dinero; dinero, poderío: es en lo que más se piensa y de lo que se habla más. El dinero va buscando al dinero en el matrimonio. Ahora bien, rodeadas de todo lo que el dinero puede proporcionar, las hijas de nuestros potentados, suspiran por los esplendores de los príncipes con título. Sus ojos se vuelven al extranjero y, muchas de ellas, se casan con ingleses, franceses, alemanes, austriacos, rusos, italianos y españoles blasonados.

Hay, sin duda alguna, entre estos nobles extranjeros, hombres de reputación y cualidades apreciables. Pero, sin tomar en cuenta el abandono de los principios republicanos democráticos, las historias demasiado frecuentes de separación y desavenencia demuestran que, por regla general, semejantes matrimonios son desgraciados. Para el caso, las alianzas matrimoniales entre nuestros príncipes del Privilegio, sean concertadas en el país o en el extranjero, parece que suelen dar el mismo resultado: la infelicidad o el divorcio.

Un cínico, considerando aspectos superficiales, observa que la extensión del divorcio en las clases privilegiadas viene de la del elegante cotillón; que en este baile las jóvenes llegan a enloquecerse con el cambio de parejas y le aplican también al matrimonio. Un caso hubo de cambio marital de parejas que, por lo rápido, llamó la atención de la Prensa y dió lugar a cáusticos comentarios. La hermana de Mr. Reginald Vanderbilt, en el transcurso de cincuenta minutos, se divorció de Mr. Arthur T. Kemp y se casó con Mr. Hollis T. Hunnewell. Esto ocurrió en Newport, y Justice Dubois, magistrado del Tribunal Supremo de Rhode Island, canceló la antigua unión y selló la nueva. Dr. Félix Adler cita el caso de una mujer que se ha divorciado y vuelto a casar cinco veces; cuatro de éstas con el mismo marido, con quien se casó dos veces y se divorció otras dos.

Verdad es que la debilidad del divorcio y sus pecados no sólo afecta a los Príncipes del Privilegio. Bien nos consta

que nuestras diferentes iglesias están profundamente alarmadas con el incremento del mal entre todas las clases sociales del país, sin más excepción que las más bajas. Según parece cierto, los divorcios, no solamente son más numerosos en los Estados Unidos que en cualquier otro país de los que hay datos, en proporción con los matrimonios, sino que van en aumento con rapidez (1), y este aumento se verifica a pesar de las leyes cada vez más restrictivas. En 1903 hubo, en los Estados Unidos, sesenta mil divorcios.

El Rev. Dr. Leighton Parks, en la iglesia episcopal de San Bartolomé, en la ciudad de Nueva York, decía recientemente desde el púlpito: «Hace treinta años casi no se hablaba del divorcio, nosotros apenas teníamos conocimiento de un caso que hubiera ocurrido entre gente de respetabilidad. Pero hoy, el divorcio, es el asunto del día. Es el problema de la novela; el tema de las conversaciones entre comensales; de él habla la madre con el hijo; da que hacer a los Tribunales de policía; pide a los legisladores reformas en las leyes y preocupa a las autoridades eclesiásticas. A veces parece como si hubiera desaparecido el matrimonio, y que el interés principal de la Humanidad estuviere concentrado en el divorcio».

Tan poco dista esto de la exageración, que hay muchos que discuten la viabilidad de la proposición del veterano novelista inglés, Mr. George Meredith: que el matrimonio sea un contrato a plazo y no por toda la vida. Otros piensan que las leyes del matrimonio y del divorcio deben ser más rigurosas, y vemos que el Presidente de los Estados Unidos llama la atención del Congreso sobre «la perniciosa laxitud e indiferencia con que se aplican en algunos Estados las leyes del divorcio», al mismo tiempo que confía en que «la cooperación de los

(1) Según Mr. F. Wilcox en *El Problema del Divorcio*, en 1870, la relación entre los divorcios y los matrimonios fue 3,5 por 100; en 1880, 4,8 por 100; en 1890, 6,2 por 100. Según la Memoria de 1900 del Censo de los Estados Unidos, la proporción en 1890 fue de 5 por 100; en 1900, 7 por 100.

distintos Estados se encamine a uniformar la legislación sobre este punto» (1).

Ahora bien, si el divorcio es tan general y aumenta tanto, ¿cuál es la causa? Debe ser general. No debe ser ni la falta de uniformidad en la legislación, ni en la indiferencia para aplicarla. Porque, como observa Mr. Louis F. Post en un librito muy interesante sobre el problema del divorcio (2), el ceremonial del matrimonio no es el matrimonio mismo, sino su «símbolo» o «prueba externa». El verdadero matrimonio consiste en el hecho de establecer un parentesco de amor. Cada cónyuge debe estar enamorado de las facultades intelectuales y de las inclinaciones morales del otro por considerarlas superiores a las propias.

Un antiguo proverbio dice que «cuando la pobreza entra por la puerta, el amor huye por la ventana». Así es que la conservación del amor depende, no en poco, de mantenerse a distancia de la pobreza. Si no se logra, el amor corre peligro, y, cuando el amor falte, muchos de los ligados por el vínculo matrimonial desearán la separación, y muchos tratarán de obtenerla con la ayuda de las leyes de divorcio o a pesar de ellas.

Es decir, que el número excesivo de divorcios y su aumento, no tiene por causa la laxitud en la legislación ni en la manera de aplicarla, porque si las uniones conyugales fueran felices, la facultad de separarse libremente que la ley pudiera conceder, ninguna influencia tendría para romper los lazos del amor. La causa es social. Sus efectos son hijos del Privilegio, que corrompe a unos y mata la felicidad de otros que viven al borde de la ruina y en constante zozobra. El miedo a la pobreza es una obsesión hasta en las clases acomodadas que, en las condiciones actuales de nuestra sociedad, están siempre presenciando favores y reveses de la suerte.

Pero los Príncipes del Privilegio, colocados a la defensiva

(1) Mensaje Presidencial. Enero 30, 1905.

(2) *Principios éticos del matrimonio y del divorcio.*

en virtud de sus especiales ventajas, tienen poco que temer a la pobreza. La causa principal de los divorcios entre ellos, es lo contrario de la escasez o del temor a padecerla. Sus males no son por escasez, sino por superabundancia. Poseyendo privilegios que los elevan en riqueza y poderío por cima de la masa general de sus semejantes, estos afortunados tienden a considerarse más o menos exentos de muchas de las leyes sociales que rigen a los demás. En estas exenciones incluyen varios deberes nacidos del matrimonio. Cada vez, en mayor número, contraen matrimonio irreflexivamente, y ninguna importancia dan a las obligaciones que contraen. Poco a poco llegan a pensar de sí mismos como Napoleón pensaba de sí propio: «Yo no soy un hombre ordinario, sino un hombre extraordinario. Las reglas generales de conducta no rigen para mí».

Y lo peor es que si los divorcios manifiestos van aumentando rápidamente, hay sobrados motivos para creer que la infidelidad conyugal todavía es más general. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que el sorprendente cambio de costumbres en el país, relativas a la felicidad, santidad e indisolubilidad del matrimonio, no obedece a ningún antecedente característico; procede del Privilegio que precipita a unos en la desgracia e inculca a otros ideas erróneas.

Así como cada vez se da menos importancia al vínculo matrimonial, así también se considera cada vez menos el fruto del matrimonio. El número de nacimientos disminuye en las casas de nuestros Príncipes.

Mas no hagamos suposiciones falsas. En el orden natural de las cosas, los nacimientos, considerados en conjunto, no pueden depender de la casualidad. La generación debe obedecer a leyes naturales, puesto que la Naturaleza tiene leyes para gobernar todas las provincias de su vasto imperio. Parece ser que de cada cuarenta criaturas nacidas, veintiuna son varones y veinte hembras. Del mismo modo parece que la Naturaleza atiende al aumento de nacimientos cuando la vida de la raza está amenazada, sea por la falta de población,

o por la pobreza, enfermedades o cualesquiera condiciones adversas en poblaciones de densidad.

Por el contrario, cuando la existencia de la raza no corre peligro, parece que la Naturaleza se encarga de que disminuya el número de nacimientos.

Todo esto se verifica independientemente de la dirección humana consciente. Ello revela una ley natural: una ley que concuerda con el desarrollo intelectual y le está subordinada. Donde el nivel intelectual es bajo, como sucede en las poblaciones escasas o pobres, la Naturaleza provee de muchos hijos. Donde el nivel intelectual es alto, como entre las clases acomodadas suele ser, la Naturaleza produce menos hijos. No es esto decir que el desarrollo intelectual sugiera el empleo de fraudes en la generación; quizá los haya. Pero, aparte de ellos, la Naturaleza, automáticamente — procediendo sin dirección consciente de la voluntad humana, — aparece disminuyendo los nacimientos, tal vez haciendo entrar en juego sutiles distinciones y refinamientos, y también acaso abriendo nuevos horizontes a la mente que la absorban y reclamen su atención.

Parece ser este el resultado cuando a la Naturaleza se la permite seguir su curso. De aquí que debemos esperar, no invariablemente; pero, por término medio, que sea más prolijo un matrimonio de la parte Este de la ciudad de Nueva York, que otro matrimonio de los mejores barrios. Pero lo que encontramos es aun más. La proporción de nacimientos en la parte Este inferior, aunque grande, es la normal para esa clase social. Pero hay una disminución, más que normal, entre todas las clases que están por cima de las muy pobres en cualquiera otra parte. Y esta disminución va en aumento.

Esta disminución no puede ser producida por causas naturales. La causa de ella tiene que ser artificial. Por más que nos repugne, tenemos que admitir la conclusión del doctor Cyrus, nuevo Delegado de Sanidad del Estado de Nueva York, de que la causa es «la evitación y precauciones voluntarias».

¿A qué se deben? En la clase media, creo que a la misma causa que aumenta el número de divorcios. En la mayor parte de los casos, la causa reside en la tensión económica, más intensa cada día, para sostener el pie de vida ya establecido o uno superior a que se aspira. Donde así no sea, hay que buscarla en el miedo a los quebrantos de fortuna y a las privaciones consiguientes que laceran el corazón y el espíritu. De aquí la resistencia a entregar «rehenes a la fortuna» en las personas de los hijos.

La práctica de este suicidio de «la raza» o de la clase, entre lo que llamamos «clases acomodadas», acusa cualquier cosa en la República menos una condición social de riqueza. Pero ¿qué diremos de la disminución de nacimientos entre nuestros Príncipes del Privilegio? Su gran riqueza les pone a cubierto del temor a la pobreza, sus hijos no han de ser «los rehenes de la fortuna»; la superabundancia está asegurada hasta para las familias más numerosas posibles. Si «la evitación y las precauciones voluntarias» tienen por causa en las clases medias el temor a la estrechez o a la pobreza, entre los príncipes se practicará por razones muy diferentes de éstas. ¿Será la principal, el deseo de tener libertad para llevar una vida frívola y voluptuosa?